

El delirio de interpretación

Dentro de dos años se cumplirá el centenario de la publicación de *Las locuras razonantes. El delirio de interpretación*, de Paul Sérieux y Joseph Capgras. Por muchas razones, esta monografía constituye uno de los grandes hitos de la psicopatología psiquiátrica. Cuenta entre sus virtudes la de conjugar una prosa elegante y precisa, una aguda mirada sobre las experiencias características de la paranoia, y una metodología nosológica que deriva del clasicismo de su análisis psicopatológico. Los argumentos desarrollados por los autores, por otra parte, se nutren del estudio de unos sesenta casos seguidos durante décadas.

La obra de Sérieux y Capgras está dedicada a los «interpretadores puros», es decir, a esos sujetos que, sin ver visiones ni oír voces, desvarían pero a la vez manifiestan una extraña articulación entre la locura y la razón que les hace merecedores del calificativo de «locos razonantes». Siguiendo una metodología tradicional, Sérieux y Capgras describen sucesivamente los síntomas, los tipos y combinaciones de las ideas delirantes, las distintas variedades del delirio de interpretación, la génesis y las posibles causas. Una vez expuestas las consideraciones anteriores, dedican un capítulo al diagnóstico y la clínica diferencial, estableciendo la oposición entre el delirio de interpretación y el delirio de reivindicación. Finalmente, tras evocar el marco histórico de las locuras razonantes, los autores justifican la autonomía de esta especie morbosa y la sitúan en una clasificación nosográfica. La monografía se cierra con algunas consideraciones terapéuticas y médico-legales, a las que se añaden dos apéndices dedicados al estudio del delirio de interpretación en las obras de Jean-Jacques Rousseau y de August Strindberg. El consagrado a este último, ejemplo de aplicación psicopatológica al estudio literario, es el que se puede leer a continuación.

Difícilmente puede hallarse en la historia de la psiquiatría una colaboración más fecunda que la surgida entre Paul Sérieux (1864-1947) y Joseph Capgras (1873-1950) en las dos primeras décadas del siglo XX. Nacido en París en 1864 de padre lorenés y madre inglesa, Paul Sérieux comenzó su formación en 1886 en los Asilos de Alienados del Departamento del Sena. Médico adjunto en Vaucluse y después en Villejuif, fue también médico jefe de la casa de salud de Ville-Évrard, terminando su carrera profesional en el hospital Sainte-Anne. Alumno predilecto de Valentin Magnan (1835-1916), publicó muchos textos en colaboración con su maestro, descollando en especial *El delirio crónico de evolución sistemática*, de 1892, punto de partida de su posterior interés por las «locuras razonantes». El respeto hacia su maestro, así como la consideración que éste siempre le manifestó, no impidieron a Sérieux apartarse de las concepciones de Magnan para desarrollar sus propias ideas acerca de la demencia precoz kraepeliniana, por ejemplo, aunque siempre con suficiente honestidad para reconocer a su maestro las ideas ori-

ginales que le eran debidas. Igualmente, Sérieux mostró siempre un vivo interés por trabajar en colaboración con otros colegas, de muchos de los cuales fue tutor durante el internado.

Joseph Capgras nació en Verdun-sur-Garonne, en la región de Tarn-sur-Garonne, en 1873. Estudió en el liceo de Montauban y realizó la especialidad en el prestigioso cuerpo de los Asilos del Sena a partir de 1898. Posteriormente ocupó la plaza de médico-jefe del Hospital Maison-Blanche (Neuilly-sur-Marne) y después la de Sainte-Anne, donde ejerció hasta su jubilación.

Discípulo de Magnan, de Alix Joffroy y de Paul Sérieux, este último le sugirió el tema de su Tesis de Doctorado, *Ensayo de reducción de la melancolía en una psicosis de involución presenil* (1900). En 1927 fue nombrado Perito del Tribunal del Sena, lo que le llevó a redactar un importante artículo sobre «Crímenes y delirios pasionales». Se ocupó durante toda su vida para que la noción de «responsabilidad», arcaica y siempre impregnada de subjetividad, fuese sustituida por conceptos que provocasen menos controversia.

Al igual que Sérieux, apreció mucho los trabajos en colaboración, de los que el libro que presentamos es su mejor ejemplo.

* La primera traducción al castellano de *Las locuras razonantes. El delirio de interpretación*, de Paul Sérieux y Joseph Capgras, va a ser publicada próximamente como primer volumen de la colección 'Alienistas del Pisuerga'. El capítulo final se reproduce aquí sin la frase inicial: «La descripción del delirio de interpretación que hemos llevado a cabo quedaría incompleta si terminásemos este libro sin recordar el perspicaz análisis psicológico que un gran escritor contemporáneo, Strindberg, ha hecho sobre esta psicosis. Este análisis se presenta aún más interés dado que entre los tipos anormales o patológicos estudiados por los novelistas o los autores dramáticos es excepcional encontrar verdaderos interpretadores». Para el texto de la revista hemos suprimido, además, las indicaciones (...) de supresión de texto.

El ‘delirio de interpretación’ en la obra de Strindberg

Con acentuada predilección, Strindberg se ha empleado a fondo para dar vida ante nuestros ojos a un interpretador celoso y perseguido, del cual –con talento infrecuente y una singular penetración– describe dudas y convicciones, temores y esperanzas, investigaciones y deducciones marcadas por el sello de la paralógica. No existe, o así lo creemos, en la literatura contemporánea otro documento que dé mayor impresión de ser una obra «vívida» y que pueda ser más legítimamente utilizado por la psiquiatría. Es un verdadero «estudio de caso», hecho por un escritor magistral, admirablemente informado sobre la situación anímica de los interpretadores. En muchos aspectos se pueden comparar los estudios de Strindberg, cuya verosimilitud clínica es incontestable, con ciertas partes de la obra de J. J. Rousseau¹.

Dos de sus libros, de los que hay traducción al francés, merecen atención desde ese punto de vista. Uno de ellos, *El alegato de un loco*², escrito a los treinta y ocho años, es un detallado estudio de un caso de delirio de celos. El otro, *Inferno*³, que Strindberg terminó a la edad de cuarenta y ocho años, es más notable aún por la multiplicidad y sutileza de las interpretaciones; éstas, revestidas de tonos fantásticos tomados de las ciencias ocultas, se coordinan en un sistema en el que predominan las ideas de invención, las ideas de persecución y las ideas místicas⁴.

¹ Antes de terminar este párrafo, el lector ya habrá comprendido que Sérieux y Capgras, ni siquiera pese a alguno de los comentarios que reseñarán en la nota siguiente a ésta nuestra, no llegaron a saber que muchas obras de August STRINDBERG (1849-1912) tenían contenido literalmente autobiográfico, como *El hijo de la sirva* y en especial éstas dos que comentan, *El alegato de un loco* e *Inferno* (escrita en francés tras la crisis de dos años sufrida en París). Tampoco parecen atribuir enfermedad mental al dramaturgo sueco. Posteriormente, algunos autores vieron en Strindberg a un esquizofrénico; así, por ejemplo, Karl Jaspers en *Genio artístico y locura* (1922) [Jaspers, Karl, *Strindberg und van Gogh. Versuch einer pathographischen Analyse unter vergleichender Heranziehung von Swedenborg und Hölderlin*, Berna, Ernst Bircher Verlag, 1922, colección *Arbeiten zur angewandten Psychiatrie*, vol. 5; ed. Española: *Strindberg y van Gogh. Análisis patográfico comparativo*, Barcelona, El Laberinto, 1986]. También lo considera esquizofrénico J.-M. Palmier (Cf. D. ANZIEU y otros, *Art et fantasma*, París Champ Vallon, 1984, p. 74). Sobre su vida y obra, puede consultarse: M. ROBINSON, *August Strindberg. Selected Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; B. M. E. MORTENSEN y B. WESTERDALE, *Strindberg: An Introduction to His Life and Work*, Cambridge, University Press, 1949; M. A. MEYER, *Strindberg: A Biography*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

² Con el título *Alegato de un loco*, una traducción española fue editada por Ed. Premia, en México DF, 1990.

³ *Inferno*, Barcelona, Fontamara, 1981. Existe también una traducción más reciente de José Ramón Monreal para El Acanalado, 2002.

⁴ [Nota de Sérieux y Capgras] August STRINDBERG, nacido en Estocolmo en 1849, ha sido llamado el Ibsen sueco. «Su obra, considerable y genial, está llena de paradojas y contradicciones: eterno rebelde, insociable, sigue siendo el artista más potente de la Suecia contemporánea, cuya lengua literaria –escritor maravilloso–, ha sabido

*El alegato de un loco*⁵

El héroe X... se enamora a los veintisiete años de una mujer casada, y, una vez que ella se ha divorciado, se convierte en su amante y se casan poco tiempo después. Los celos se despiertan desde antes de la boda: temiendo entonces ser despreciado por su situación irregular, X... encuentra que la gente le mira con desdén en los parques públicos, y empieza a reprochar a su amante por llevar ropas muy llamativas. Surgen discusiones por el menor pretexto: a propósito de un perro «que acapara todo el afecto» de la amante, o de una amiga solterona de cincuenta años. Después son peleas sobre muebles y cuadros que pertenecieron al primer marido: «¡Qué falta de sensibilidad! ¡El colmo del mal gusto! ¡Qué impertinencias contra mi honor! ¡Todo dispuesto expresamente para deshonrarme a los ojos del mundo! ¡Había yo caído en una trampa tendida por una arpía! Y esto continuó con infinitas variantes: me convencieron de que los problemas matrimoniales procedían de mis alterados nervios». «Sus sospechas, su antigua desconfianza y sus atroces dudas se despertaron a causa de mil ruiditos, de sobreentendidos, de pullas disimuladas». Durante un viaje, si su mujer parece durante un momento estar abstraída es que está pensando en algún amante. Cruels inquietudes le persiguen. Después de una enfermedad, se pregunta por qué su curación inesperada ha dejado fría a su mujer: «¿Cómo explicar esa expresión apenada, esa cara casi de desagrado al verme recuperado y ágil? ¿Había concebido la esperanza de encontrarme muerto un buen día?».

De vez en cuando se producen crisis de depresión y X... habla de su desesperación, de sus frecuentes proyectos de suicidio: «Agobiado por los remordi-

renovar» (Maury, de Upsala). Su fecundidad es prodigiosa. ¿Qué no habrá escrito? Dramas históricos, psicológicos o fantásticos, novelas naturalistas, relatos, sátiras, poemas, estudios sociológicos, obras científicas, investigaciones sobre las literaturas del Extremo Oriente, una autobiografía detallada, etc. «Y así como ha escrito sobre todos los temas, ha hecho de todo en su juventud, y antes de consagrarse a la literatura ha sido sucesivamente maestro de escuela y actor, empleado de telégrafos y periodista, médico y pintor, predicador y preceptor, bohemio y bibliotecario del Estado. Ha hecho estudios inimaginables y está especializado en las ramas más diversas: desde la piscicultura báltica y la flora sueca hasta la lengua china. Desde que escribe ha pasado por todas las fases, ha predicado fanáticamente toda clase de filosofías diferentes, combatiéndolas más tarde con el mismo fanatismo; ha sido alternativamente pietista, revolucionario, escéptico, utopista social, para acabar finalmente en un aristocratismo intelectual desenfrenado. Una idea nueva o una nueva observación, tomadas de un libro o directamente de la vida, se transforma inmediatamente en una nueva verdad, una verdad absoluta, la única verdad, una idea fija. Strindberg siempre ha estado poseído por alguna monomanía» (Hansson). Actualmente «el contestatario fogoso y soberbio se ha transformado en un pecador arrepentido. El componente patológico se manifiesta claramente en sus últimas obras, caracterizadas por dar a todos los acontecimientos una significación personal, y también en su extremado nerviosismo» (Castren). Sobre la vida y la obra de Strindberg, ver el artículo de Hansonn en *Revue des Revues*, 1893, 2.º semestre, y la introducción a *Mademoiselle Julie* [La señorita Julia] escrita por Georges Loiseau.

⁵ [Nota de Sérieux y Capgras] *Le plaidoyer d'un fou*. Novela. Revisión francesa de Georges Loiseau. París, Albert Langen et Nilsson, 1895, in 8.º, 436 pp.

mientos, experimentaba una premiosa necesidad de confesar mi vida entera, de humillarme ante alguien. Me sentía culpable, con la conciencia moralmente atormentada por crímenes desconocidos». Strindberg considera esos «accesos de remordimientos patológicos» como procedentes de una «pusilanimidad innata», como los «síntomas de una debilidad constitucional de los degenerados».

«Una serie de incidentes, continúa X..., vinieron a reactivar a las ideas sombrías y pronto mi desde entonces célebre monomanía se manifestó con toda libertad. Había en el hotel un álbum que contenía los retratos de encargo de todos los escandinavos notables. El mío, que allí se encontraba también, estaba coronado por un cuerno insidiosamente formado por un mechón de cabellos. De eso podía yo deducir que la infidelidad de mi mujer era notoria. Pedí una aclaración al dueño de la colección. Bien se ocupó María de advertirle de antemano sobre mi presunto estado mental, así que él me juró que yo era el único que veía ese ornamento frontal, que no existía tal en el dibujo». Después se reafirman las sospechas respecto a un médico, y desde entonces X... se extraña de que el nombre de ese doctor «no vuelva a salir de labios de su mujer, antes tan proclive a mencionarle en público como si quisiera entrenarse para oír ese nombre sin ruborizarse». Rebusca en su memoria y encuentra indicios congruentes. En una antigua narración sobre un adulterio, intuye diversas alusiones a la suya; tras una discusión sobre esto con su mujer, saca en conclusión que ella le ha engañado. Algunos meses más tarde, «es de un joven teniente de quien María se enamora esta vez. En el comedor de un hotel intercambian dulces miradas, como si se hicieran el amor con los ojos». Otro día, un antiguo criado suyo se sienta en una mesa cercana a la suya: «María se le queda mirando atentamente, fijándose bien en sus proporciones corporales y perdiéndose en ensoñaciones. Al día siguiente reaparece hecho un hortera, endomingado, con el cabello y la barba muy arreglados, y ese paletó, después de saludarnos y no sin recibir en respuesta un saludo de mi mujer innecesariamente amable, ¡se cuadra y posa como si fuese Napoleón! Vuelve también al otro día dispuesto a abrir fuego. Con el estilo de un portero entabla una conversación galante de caballeros, dirigiéndose directamente a mi mujer, y María se suma a esa conversación, simpática, afable, encantada de semejante honor y tan tranquila en presencia de su marido e hijos. Un segundo Apolo acude al rescate. Es el que se encarga del estanco del pueblo. Más astuto que el criado, éste intenta camelarme y a la vez se muestra más audaz. El corazón de María arde en llamas y todos los días el buen hombre reaparece, llega incluso a ofrecerle un cigarro; ella se lo rechaza, pero con agradecimientos mimosos». En X... se enciende el odio hacia su mujer; le da una tanda de bofetadas y la obliga a ponerse de rodillas.

Al final aparecen temores de envenenamiento. Afecto de gastritis, X... observa un «detalle curioso: sufro esta misteriosa enfermedad desde el día siguiente a una visita al laboratorio de uno de mis viejos amigos, a quien pedí un frasquito de

cianuro de potasio destinado a procurarme la muerte, ¡y este frasquito lo deposité bajo llave en uno de los muebles de mi mujer! Paralizado, fulminado, me resigno a desaparecer, asesinado por esa mujer a la que perdono».

El lado patológico de esos celos implacables es percibido a veces por el propio sujeto: duda entonces de «la integridad de sus facultades mentales».

*Inferno*⁶

En esta obra, escrita en forma de memorias, «partiendo de la realidad y, a su juicio, manteniéndose firmemente aferrado a ella, Strindberg encadena los hechos unos tras otros según leyes absolutamente insólitas, llegando a una sistematización de lo que él entiende que es el mundo, el cual resulta totalmente ajeno a lo que habitualmente consideramos como la realidad. La teoría de las coincidencias, las leyes del azar, tales cosas son las que viene a ofrecer a nuestras mentes, educadas en un determinismo riguroso. Todos los detalles menores, los incidentes fortuitos que no juzgamos dignos de un solo instante de atención, los rastrea y descubre con extremado empeño, les interroga y les hace confesar a gritos en nuestros oídos» (Marcel Réja).

Al comienzo del libro, el protagonista, X..., vive en el Barrio Latino de París, prosiguiendo sus experimentos de alquimia en un laboratorio de la Sorbona. Una revelación que tiene algo de milagroso (un párrafo de un viejo libro de química) le impulsa a intentar demostrar que el azufre es un cuerpo ternario⁷. Dos semanas de investigaciones, «pese a que el jefe del laboratorio no daba mucho crédito a esos asuntos», proporcionan a X... la prueba de que está claro que el azufre es sin duda una combinación de carbono, oxígeno e hidrógeno; el descubrimiento del argón confirma, a su entender, lo bien fundado de sus ideas. Animado por este éxito se dedica al yodo; quiere demostrar que ese presunto cuerpo simple es un derivado de la bencina. Después emprende el análisis de almas que captura en el cementerio de Montparnasse con un frasco lleno de acetato de plomo, cuyo precipitado examina con el microscopio. Comienza unos experimentos con el plomo, pero se ven interrumpidos por la mala voluntad de las potencias⁸.

⁶ [Nota de Sérieux y Capgras] *Inferno*. Prefacio de Marcel Réja. Societé du Mercure de France, 1898, in 12.º, 280 pp.

⁷ Es decir, no un elemento químico sino un compuesto de tres elementos.

⁸ En el sentido de Swedenborg: «potencias» sobrenaturales que hacen sufrir al hombre por su bien, para que se salve del infierno que es este mundo y alcance la salvación eterna. Strindberg estuvo muy influido por las ideas de Emanuel SWEDENBORG (1688-1772), científico y místico sueco, conocido visionario e inspirador de la iglesia *Nueva Jerusalén*, que todavía goza hoy de prosperidad. Puede verse la traducción al castellano: *La nueva Jerusalén y su doctrina celestial*, Madrid, Trotta, 2004.

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

Cierto día, en Meudon, descubre las letras F y S enlazadas, pintadas al carbón sobre un muro encalado. «Un segundo después, tengo una visión de los signos químicos del hierro y del azufre, que se desdobl原因 desplegado ante mis ojos el secreto del oro. Además, al mirar al suelo encuentro dos sellos de plomo atados con una cuerda. Uno de los sellos lleva las letras V. P., y el otro, una corona real. Sin querer interpretar en detalle esta aventura, vuelvo a París llevándome la intensa impresión de que me ha ocurrido algo milagroso». Otro día, al pie de la fuente del Observatorio «encuentro dos pedazos de cartón cortados en forma de óvalo, llevando impreso uno de ellos el número 207, y el otro el 28; lo que significa el plomo (peso atómico 207) y el silicio (peso atómico 28). Recojo lo encontrado y lo pongo con mis anotaciones de química. Un año más tarde, en Suecia, un escultor me da un esmalte compuesto de plomo y silicio, gracias a los cuales, por vez primera, obtengo en el crisol un oro mineralizado de una belleza perfecta. Agradeciéndoselo, le enseño los dos trozos de cartón con las inscripciones 207 y 28. ¿Se achacará al azar o a una coincidencia este acontecimiento marcado por una lógica inquebrantable?».

Así pues, X... construye sus teorías con ayuda de sutiles interpretaciones y de coincidencias fortuitas. Este inventor veía además analogías por todas partes: «Jamás he tenido visiones, dice, pero los objetos reales se me mostraban dotados de formas humanas con un efecto frecuentemente grandioso». No se trataba de alucinaciones, ni de ilusiones propiamente dichas: los objetos eran correctamente reconocidos, pero la imaginación descubría en ellos aspectos fantásticos que se convertían muchas veces para el sujeto en verdaderas revelaciones. Una piedra sin pulimentar se parecía a un caballero romano; unos trozos de carbón tenían rasgos de figuras fantásticas: cabezas de gallo, demonios, duendes, *madonnas*; todas ellas serían «obras maestras de la escultura primitiva, de un estilo incomparable»; figuras semejantes le parecían también dibujadas en las nubes, los guijarros y las vetas de la madera. Su almohada le brinda modelos de cabezas de mármol estilo Miguel Ángel, de dragones y de gárgolas góticas. «Esto tiene algo que no es normal, algo casi sobrenatural». Habiendo hecho germinar una nuez, examina la planta embrionaria al microscopio y ve dos manitas blancas levantadas y unidas como en oración (los dos cotiledones del nogal): son las manos de su hijita, a la que habría hecho enfermar mediante esa especie de rito vudú⁹. Hace «progresos como vidente»: ve a Napoleón y a sus mariscales en la cúpula de Les Invalides; reconoce a Gustavo-Adolfo¹⁰ en las cenizas de la chimenea.

⁹ En el original, *envoûtement*: hechizar empleando una figurita (*volt* o *vout*, en francés arcaico) que representa a la persona a la que se desea influenciar. La asociación del paciente es aquí fulgurante y retrospectiva: vistas «las manos» de su hija, que han surgido porque él plantó la semilla, se inculpa de la enfermedad de la niña.

¹⁰ GUSTAVO-ADOLFO: Se trata de Gustavo [-Adolfo] II, rey de Suecia (1594-1632), monarca de genio y gran estratega que reforzó y modernizó el ejército sueco, aliado de Francia en la época de Richelieu, muy culto y brillante escritor, y figura presente en el imaginario de todo sueco.

A veces «se atribuye energías sin límites y el orgullo le sugiere la loca idea de intentar hacer milagros». Más tarde «siento que la inquina de las potencias pesa sobre mí, la mano de lo invisible se ha alzado y una descarga cerrada de golpes cae sobre mi cabeza». Algunos sueños le predicen el futuro, le previenen contra los peligros, le revelan secretos. Si coge al azar un libro en cualquier biblioteca, siempre encuentra alguna de las explicaciones que buscaba. Presiente que su estancia en París toca a su fin porque el gallo de la cruz de Notre-Dame-des-Champs¹¹ parecía batir sus alas como para volar en dirección al Norte.

A la vez que esas ideas de superioridad y de clarividencia, X... tiene ideas de persecución muy activas, exclusivamente basadas en interpretaciones. Son ideas ya antiguas. «Dos años antes, según relata él mismo, una carta de un amigo de juventud me invitaba a pasar un año en su casa. Ciertas características de esa carta suscitaban mis sospechas, debido a su estilo ampuloso y a las tachaduras y correcciones que mostraban las dudas de su autor para escoger las razones que alegaba. Presintiendo una encerrona, decliné la invitación en términos vagos pero amables. Al cabo de dos años me invité yo mismo a casa de ese amigo. La acogida fue cordial, pero había una atmósfera de mentiras y equívocos, una conversación de comisario de policía. Tras una noche de reflexión, la cosa estaba clara para mí. Ese hombre, cuyo amor propio yo había herido, me tenía manía a pesar de la simpatía que fingía hacia mí. Poco escrupuloso en cuanto a elegir los medios, me torturó durante una semana, me envenenó con calumnias, con fábulas inventadas a propósito, pero lo hizo con tan poca destreza que saqué la convicción de que la trampa que me tendió antaño no tenía otra intención que hacerme pasar por alienado e internarme».

Mientras que busca en París la síntesis del oro, X... cae enfermo. Al salir del hospital le sobreviene una *bouffée* interpretadora: «Me detuve en una esquina de la calle Alibert. ¿Por qué Alibert? ¿No se llamaba grafito Alibert el grafito que encontré en mi muestra de azufre?¹² ¿Qué conclusión hay que sacar de ahí? Una rara casualidad, se diría; sin embargo, la sensación de que había algo inexplicable se grabó en mi mente. Después, la calle de Dios. ¿Por qué de Dios ahora que ha sido abolido por la República? ¡Calle Beaurepaire!: una buena guarida de malhe-

¹¹ La iglesia de Notre-Dame-des-Champs (1867), situada en el bulevar Montparnasse, en París, tiene un alto campanario coronado por un crucifijo y, sobre éste, una veleta con la figura de un gallo.

¹² Probablemente el ingreso se llevó a cabo en el Hospital Saint-Louis, situado en la *rue* Alibert; la calle recibió en 1840 el nombre del barón JEAN-LOUIS ALIBERT (1768-1837), médico de los reyes Luis XVIII y Carlos X, fundador de la escuela francesa de dermatología y director de dicho hospital. En cuanto al «grafito Alibert», era la variedad comercializada por JEAN-PIERRE ALIBERT (1820-1905), sin parentesco con el anterior, comerciante, aventurero, coleccionista y descubridor de unas minas de dicho mineral en Siberia. El museo de la fábrica Faber-Castell, en Alemania, conserva ejemplares de los lapiceros y otros muy diversos objetos fabricados por este Alibert, así como de la variada colección de obras de arte que reunió.

chores. ¡Calle Bondy!: ¿es que me guía el diablo?¹³ Dejo de leer los carteles, me pierdo. Dos individuos equívocos me susurran groserías. Unas chicas me cierran el paso, unos golfos me abuchean. ¡Alguien me ha hecho caer en esta emboscada! ¿Dónde se habrá metido ése? Reflexionando sobre mi suerte reconozco la mano invisible que me castiga y que me empuja hacia un final que aún no puedo adivinar. Entonces retorna la idea de que la providencia me ha destinado a alguna misión y que el entrenamiento para eso acaba de comenzar. Habiendo descubierto la mano invisible que dirige mis pasos, presto a mis acciones y palabras una rigurosa atención. Pero, desde que pequé, el castigo se presenta con una precisión y un refinamiento que no me deja la menor duda respecto a que es la intervención de alguna potencia correccional».

Ese delirio de persecución va a evolucionar progresivamente desde entonces, y como X... está familiarizado con la magia las potencias sobrenaturales jugarán su papel. Primero descubre un complot organizado por unas damas escandinavas en el hotel en que se aloja: tres pianos funcionan a la vez; desde la habitación vecina, dan martillazos en el tabique donde se apoya la cabecera de su cama; se oye un ruido encima de su alcoba y la escayola del techo le cae en la cabeza. Los amigos cambian de actitud hacia él, una sorda hostilidad se pone de manifiesto mediante miradas torcidas y palabras sarcásticas. Rehuyendo la pelea, cambia de hotel.

Muy satisfecho con su nueva habitación, la primera noche duerme bien. «Al día siguiente descubro que el retrete está situado en el patio, debajo de su ventana. Después descubro que los dos ventanucos que tiene la pared de enfrente pertenecen a otros retretes. Pronto compruebo que los cientos de ventanucos que se ven a lo lejos pertenecen a otros tantos retretes situados en la parte trasera de una hilera de casas. Sobre la una, el camarero me trae el almuerzo y, como me resisto a deshacer mi mesa de trabajo, deja el plato en la mesilla de noche, en cuyo interior está el orinal. Si en aquella época hubiese conocido la obra de Swedemborg, habría comprendido que me encontraba condenado por las potencias al infierno excrementicio. Comenzó entonces una serie de manifestaciones que no puedo explicar sin recurrir a la intervención de potencias misteriosas.

«En el hotel ocurrieron cosas que me inquietaron. Al día siguiente a mi llegada, en los paneles del vestíbulo donde estaban colgadas las llaves de las habitaciones observé que había una carta dirigida a un estudiante con el mismo apellido

¹³ Calle *Beaurepaire*: *beau*, bello, bueno; *repaire*: guarida, madriguera. La calle de Bondy, desde 1944 *rue René Boulanger*, estaba dedicada a una población medieval cercana a París cuyo bosque sirvió de guarida a muchos bandidos y donde fueron asesinados Childerico II (650-675) y el noble Aubry de Montdidier (¿?-1371). La expresión francesa «*C'est un forêt de Bondy*» ('Eso es un bosque de Bondy') significa que se habla de un sitio lleno de ladrones.

que la familia de mi mujer. Esta carta, colocada a propósito de forma provocativa, como para ser vista, se siguió de varias otras. Entonces intervino el diablo. Pues ese apellido era un disfraz, y me di cuenta de en quién había que pensar ante ello: se trataba de uno de mis enemigos mortales que vivía en Berlín. En otra ocasión fue un apellido sueco el que me recordó a un enemigo de mi país. Finalmente, una carta sellada en Viena llevaba en letra impresa la dirección del laboratorio de análisis químicos del Dr. Eder. Es decir, que espiaban mi síntesis de oro. Sin lugar a dudas, se estaba tramando una intriga. La incertidumbre, la amenaza continua de ser objeto de una venganza fueron una tortura durante seis meses».

Sin embargo, las potencias invisibles le inspiran también buenas decisiones; veamos cómo renuncia a seguir abusando de la absenta: «Tras una abstinencia prolongada me volvió a apetecer ir a consolarme bajo el castaño. Mi mesa estaba ocupada y cogí otra aislada y tranquila. ¡Pero había que luchar ni más ni menos que contra el Maligno!: Una familia de pequeños burgueses estaba sentada en una mesa contigua; los miembros de esta familia eran innumerables y cada vez venían más y más de refuerzo: mujeres que golpeaban mi silla, niños que hacían sus necesidades al aire libre delante de mí, jovencuelos que me cogían las cerillas sin pedir permiso ni disculparse. Rodeado de esa multitud ruidosa e insolente, yo no quería cederles mi sitio. Se produjo entonces una escena sin duda preparada por manos hábiles e invisibles. Con un gesto que yo no comprendí, un joven dejó sobre mi mesa una moneda de cinco céntimos. Cegado por la cólera, traté de aclarar qué estaba pasando allí. ¡Darme a mí una moneda, como a un mendigo! El camarero se acercó a ofrecerme otro lugar más cómodo, y dejé la moneda sobre la mesa. El camarero me la trajo, ¡qué humillación!, y me explicó cortésmente que el joven me la había dado pensando que la moneda me pertenecía. ¡Qué vergüenza! A fin de apaciguar mi cólera, pedí una segunda copa de absenta. Todo iba ya mejor, cuando me sentí sofocado por un olor infecto a sulfuro de amonio. ¿De qué se trataba ahora? Pues de algo muy natural, sin nada milagroso y sin rastro de maldad. La boca de una alcantarilla se abría en el borde de la acera. ¡Sólo entonces empecé a darme cuenta de que los genios buenos querían librarme de un vicio que puede llevarle a uno al manicomio!».

Las persecuciones no se atenuaron. Por diversos indicios, X... se dio cuenta de que su enemigo mortal, un ruso, estaba en París. El ruso le molestaba con cartas que llevaban remite falso. También fue a tocar el *Despertar* de Schumann¹⁴ al

¹⁴ Probablemente, el «Despertar de la primavera», primer movimiento de la Sinfonía n.º 1 de ROBERT SCHUMANN (1810-1856), subtitulada *Primavera*, escrita a inicios de 1841, algunos meses después de su boda con la pianista Clara Wieck. Estrenada en Leipzig el 31 de marzo de 1841 bajo la dirección de su amigo Félix Mendelssohn, en principio el compositor había colocado títulos descriptivos a cada uno de los cuatro movimientos, así: «Despertar de la primavera», «Atardecer», «Alegres compañeros de juegos» y «El adiós a la primavera».

pie de su ventana, para hacerle saber de su llegada, a fin de amedrentarle y perseguirle si huía. Miradas enemigas le observan insistentemente; todos los clientes de una mantequería se alían contra él. X... no llega a entrar en casa de un danés, que le había dicho cosas demasiado halagadoras como para no dar la impresión de ser un falso amigo, porque a la puerta se encuentra un niño con un naipe en la mano: «Con superstición bien lúcida, eché un vistazo a la carta. ¡Era el diez de picas! ¡Juego poco recomendable pues el de esa casa!»¹⁵ Así que me marché sin entrar». En la mantequería, «para asustarme, ponen una estatuilla que representa a un guerrero armado con una hoz. Un golfillo me sigue hasta el retrete con la intención evidente de hacerme burla. Unas fulanas hacen caer sobre nuestras cabezas una sarta de procacidades. Es el Infierno. Y mis dos vecinos, pederastas declarados, mantienen una conversación muy molesta con el fin de buscar pelea conmigo. Entonces, para colmo de mis torturas morales, veo dos pensamientos florecidos en el jardincillo. Sacuden la corola como para señalarme algún peligro, y uno de ellos, con la cara de un niño de grandes ojos¹⁶, me hace una seña: ¡Vete!».

X... experimenta poco después vértigos y sensación de fatiga: cree haber sido envenenado. Un individuo sospechoso entra en la habitación de al lado. «Me metí en la cama sin atreverme a dormir, permanecí despierto durante tres horas. Entonces una sensación alarmante recorrió todo mi cuerpo: era víctima de una corriente eléctrica que pasaba entre las dos habitaciones vecinas. La tensión fue creciendo y, pese a mis resistencias, salí de la cama obsesionado por esta idea: ¡Me están matando! ¡No quiero que me maten! Salgo a buscar al empleado del hotel pero, ¡caramba!, no está en su cabina. ¡Así que se ha alejado, se ha escaqueado, es un cómplice tácito, un vendido! Bajo la escalera para despertar al dueño del hotel, y pido otra habitación para pasar la noche. Por una casualidad dispuesta por la cólera de la providencia, la única habitación disponible está situada debajo de la de mi enemigo. Y a través del techo oigo a mi enemigo bajarse de la cama y dejar caer un objeto pesado dentro de un baúl cuya tapa cierra con llave. Por lo tanto, alguna cosa esconde: ¡quizá una máquina eléctrica! Por la mañana hago el equipaje con el pretexto de ir de excursión a la costa. Grito al cochero: ¡A la estación de Saint-Lazare!; pero al llegar al Odeón le digo que me lleve a la calle de la Llave. Me quedaré allí de incógnito».

Tras esta nueva mudanza hubo una pausa en sus suplicios. «La calma que siguió a mi huída me demostró que todo eso no era una enfermedad y que mis ene-

¹⁵ No es fácil saber a qué se refiere exactamente, pero el ámbito semántico de los términos franceses *pique* y *piquer* es superponible a los españoles 'pica' y 'picar': 'punta de hierro de una lanza', 'pincho', y 'herir el amor propio de alguien', 'decirle algo ofensivo'.

¹⁶ Recuerde el lector que X... «veía» caras en las cosas.

migos realmente me estaban persiguiendo. Seguro entonces de estar a resguardo de mis persecutores, envié mi dirección al hotel Orfila. Pero apenas había alzado mi incógnito se acabó la tranquilidad. Comenzaron a ocurrirme cosas inquietantes y me sentí oprimido por el malestar de antaño. Primero, en la habitación de al lado, que estaba libre y sin muebles, empezaron a amontonar objetos cuya utilidad me resultó inexplicable. Un señor mayor, con malvados ojos de oso gris, metía allí cajas vacías, láminas de zinc y otros objetos indefinibles. Al tiempo, recomenzaron los ruidos en el techo: tirones de cables, martillazos, justo como si estuviesen preparando el montaje e instalación de una máquina infernal. A continuación, la dueña del hotel, encantadora al principio de mi estancia, modificó su conducta hacia mí, me espiaba y me saludaba de forma desabrida. Además, encima de mí, la habitación del piso de arriba cambió de inquilino. El anciano silencioso cuyos pasos lentos me eran familiares, lo dejó de ocupar. No es que se fuese, sólo cambió de cuarto. ¿Por qué? ¡La criada que hacía mi habitación y me traía la comida se volvió muy seria, y me echaba a escondidas miradas llenas de conmisericordia! Entonces, sobre mi cuarto, había una rueda que todo el día giraba y giraba sin parar».

«¡Condenado a muerte! esa es mi firme impresión. ¿Por quién? ¡Por los rusos, los creyentes, los católicos, los jesuitas, los teósofos! ¿Por qué motivo?: como hechicero o *magister nigromante*. ¿O quizá por la Policía como anarquista?».

«Lo que aumenta mi malestar es el evidente cambio que se ha operado en la habitación contigua a la mía. Primero, han tendido una manta sujeta con una cuerda, para ocultar alguna cosa, está clarísimo. Sobre la repisa de la chimenea han apilado grupos de láminas metálicas separados por travesaños de madera. Encima de cada grupo, un álbum de fotos o un libro cualquiera han sido colocados evidentemente para dar un aire inocente a esas máquinas infernales que ya me gustaría poder describir como simples acumuladores. Por añadidura, me percaté de que hay dos obreros en un tejado, justo enfrente del pabellón donde vivo. No puedo averiguar qué hacen ahí arriba, pero apuntan hacia mi balcón manejando todo el rato objetos que no puedo distinguir. Corriendo las cortinas de mi puerta-vidriera, veo en el salón particular un grupo de damas y caballeros que beben *champagne*. Está claro que son extranjeros llegados esta misma tarde. Pero no es una reunión por las buenas si consideramos que tienen todos caras muy serias, discuten, hacen planes, hablan en voz baja como los conspiradores. Para colmo de mi tortura, giran en sus asientos y señalan con el dedo en dirección a mi cuarto.

«A las diez me duermo tranquilo y resignado como un agonizante. Me despierto; un reloj de péndulo está dando las dos, una puerta se cierra, y salgo de la cama como levantado por una bomba aspirante que me sorbiera el corazón. Ya en pie, una ducha eléctrica me tira por tierra. Me vuelvo a levantar, cojo mis ropas y me precipito en el jardín, presa de espantosas taquicardias. En el jardín, fuera del

HISTORIA DE LA PSIQUIATRÍA

alcance de mis enemigos, me restablezco. Oigo toser a alguien en la habitación contigua a la mía. Enseguida le responde una tos desde la habitación de arriba. Parecen señales, y, precisamente, son semejantes a las que había oído la última noche que pasé en el hotel Orfila».

Enloquecido, X... huye a Dieppe. Apenas recién llegado descubre dos hombres espiando el chalet en el que habita y haciendo gestos hacia su ventana. La idea de ser perseguido por obreros electricistas le obsesiona de nuevo. Por la noche vuelve a oler efluvios eléctricos; un fluido llena su cuerpo, le ahoga y le sorbe el corazón.

X... se refugia en Suecia. Se instala en casa de un amigo, médico. Allí, las cuatro patas de su cama son de hierro, rematadas por bolas de latón, le recuerdan a los componentes de una máquina eléctrica; los muelles del somier son análogos a las espirales de la bobina Ruhmkorff; en el desván, justo en la vertical de su cama, descubre una enorme red de alambre retorcido. ¡Diabólica casualidad, de nuevo hay acumuladores! Y la misma angustia le oprime cada noche: nota que alguien en la oscuridad le observa, le toca con suavidad, le palpa el corazón y succiona allí con los labios. Y cuando llama en su auxilio a su amigo, nadie contesta. «Es demasiado raro que nunca haya nadie aquí cuando me atacan. Todos tienen siempre coartada; por lo tanto, ¡es un complot del que todos son cómplices! Todo concuerda haciendo que sospeche de mi buen amigo. Pronto mis sospechas se redoblan, el doctor deja en la veranda hachas, hoces y martillos, completamente nuevos y que no hacen ninguna falta. Satánica coincidencia sería que hubiesen dejado al alcance de mi vista todos estos artilugios de tortura que me intranquilizan por su inutilidad y por lo que esto tiene de insólito. El doctor sale de paseo de forma sospechosa. Deja el coche en la veranda de al lado, manipula un objeto muy pesado y da cuerda a un resorte que no forma parte de reloj alguno. Todo se lleva a cabo subrepticamente, indicio de que se andan con tapujos o de que hay algo sospechoso. ¿Serían capaces de envenenarme? No se atreven a matarme, pero tratan de volverme loco con sus manipulaciones y así después hacerme encerrar de por vida en algún manicomio».

X... va a reunirse con su mujer a orillas del Danubio. En el chalet donde vive, se da cuenta que el pararrayos y su cable conductor están instalados justo en la vertical de su cama: «diabólica casualidad que me da la impresión de tratarse de una persecución personal. Empecé a sospechar entonces que los adeptos a la magia me estarían persiguiendo debido a mi oro o a mi obstinada negativa a afiliarme a sus sociedades. Una noche noté una sensación eléctrica y se produjo un ruido en el desván, justo sobre mi cabeza. Al subir al desván descubro una docena de ruelas cuyas ruedas me recuerdan a las máquinas eléctricas. Un cofre enorme, casi vacío, solamente contiene cinco bastones pintados de negro de uso desconocido ¿Quién me está haciendo esta jugada y qué significa todo esto? No me atrevo a plantear

ninguna pregunta y todo sigue siendo un enigma. Una tormenta cae durante dos horas sin moverse de la vertical del pueblo donde estamos (cuando lo normal es que una tormenta se atenúe al poco rato o que se aleje): lo considero una agresión personal; si bien finalmente cada relámpago se dirige hacia mí pero sin llegar a darme. Más tarde creo ser perseguido por *elementals*, por espíritus elementales, íncubos, lamias, que quieren impedirme llevar a buen término mi gran obra alquímica». Una mariquita que echa a volar en dirección norte significa que debe volver a Suecia. «Un hado omnipresente e inevitable me persigue con la clarísima finalidad de provocarme manía persecutoria. Me siento condenado a muerte (por los teósofos y los magos), y sellados con lacre dejo dispuestos unos documentos en los que denunció a mis asesinos, en caso de que muera súbitamente».

«Un trueno estalla sobre mi cabeza. ¿Por qué no me he postrado de rodillas ante la voz del Eterno? Porque cuando el Todopoderoso se digna hablar a un insecto con una puesta en escena tan majestuosa, el insecto se crece, inflado por tal honor, y el orgullo le susurra que debe ser un personaje de una dignidad especial. Y, con toda franqueza, me considero al mismo nivel del Señor, parte integrante de su personalidad. ¿De dónde tan inmenso honor a un mortal? ¿Será que mi origen se remonta al comienzo de los siglos, cuando los ángeles rebeldes se aliaron?».

Más tarde, un artículo en la prensa le convence de que, con toda claridad, en la calle de la Llave fue víctima de un intento de asesinato: acusa a las mujeres¹⁷. «Todo queda descartado: los rusos, los Rothschild, los magos negros, los teósofos, incluso el Padre Eterno. Yo soy la víctima y las mujeres han querido matar a Orfeo, el renovador de las ciencias naturales de la Antigüedad. Perdido en el bosque de las dudas, descarto la recién nacida idea de una intervención sobrenatural de las potencias que buscara una finalidad superior. Con el ardiente deseo de vengarme, preparo una carta-denuncia para enviársela a la Prefectura de Policía de París».

Al volver a Suecia hay «nuevos inventos para volverme loco. Desde que me alojé en un hotel, oigo ruido de pies que se arrastran, y movimientos de muebles. Es un complot, me digo, es el diablo. Un cuchillo se me cae en dos ocasiones. La electricidad, por tanto. Mis deducciones vuelven a dirigirse hacia los ocultistas y su poder secreto». La casa donde vive es «un infierno, pero organizado con una lógica magistral, con una sagacidad divina».

X... descubre por fin a Swedenborg: su lectura le provee de material para nuevas interpretaciones y parecen agujonarlo definitivamente hacia las ideas místicas. Lo que él ha sufrido son las torturas descritas en el *Infierno* de Swedenborg, y no sólo durante los últimos años sino desde su niñez. El delirio se hace retros-

¹⁷ O más bien al movimiento feminista, con el que Strindberg venía chocando desde 1882 por las ideas misóginas vertidas en la segunda parte de su obra *Casados*.

pectivo. «Revisando mi pasado, vuelvo a ver mi infancia organizada ya entonces como en un correccional, en una Cámara Ardiente¹⁸». Un día tiene una ilusión tipo *déjà-vu*: «Impresionado por la contemplación de ese extraño paisaje, único en su género, me viene la idea de que lo he visto antes, pero ¿dónde?, ¿dónde? ¡Sobre el lavabo de zinc del hotel Orfila, dibujado por el óxido del metal! ¡Es el mismo paisaje, sin ninguna duda!». Cuál no será su emoción un poco más tarde, cuando al leer la descripción del *Infierno* de Swedenborg vuelve a encontrar el mismo paisaje, «el paisaje del lavabo de zinc dibujado como del natural».

Tal es, reducida a sus principales pasajes, la notable observación a la que el genio de Strindberg ha sabido dar una intensidad vital sorprendente. Reparemos en que jamás representa al sujeto como un alucinado. Sin embargo, durante unos meses se queja de ser perseguido por un zumbido de oídos semejante a la trepidación de una rueda hidráulica; pero esos síntomas elementales no conducen a la alucinación auditiva verbal. Sólo una vez, cuando se dispone a envenenarse, oye una voz de mujer que dice: «¡Vamos, niño, no te lo creas!». Las crisis de angustia nocturnas que experimenta no tienen nada comparable a las alucinaciones cenestésicas de los perseguidos sensoriales, que se presentan también de día y están activas de diversas maneras. Incontestablemente, este delirio sólo se apoya en interpretaciones erróneas y a menudo extrañas. Aunque el sujeto parezca a veces tener conciencia de la sutileza y el carácter anómalo de esas interpretaciones, su convicción no es menos inquebrantable, y tras haber agrupado una serie de coincidencias exclama: «¡Explíquennos ustedes esto, médicos, psiquiatras y psicólogos, o reconozcan la bancarrota de la ciencia!». La larga duración de la enfermedad (una decena de años), la ausencia de alucinaciones y de deterioro intelectual, todo concuerda para que haya que admitir que se trata claramente de un caso de delirio de interpretación.

(Traducción: Ramón ESTEBAN ARNÁIZ)

¹⁸ *Chambre ardente*: en el *Ancien Régime*, comité extraordinario de justicia que podía condenar al reo a la hoguera.